

DDI

DE HUMOR

1 - Noviembre - 1965. N.º 748



—Me acepta, con la condición de ser la única esposa. Por lo tanto, inicie los trámites de 233 divorcios.

5
PTS

el tunel del HUMOR



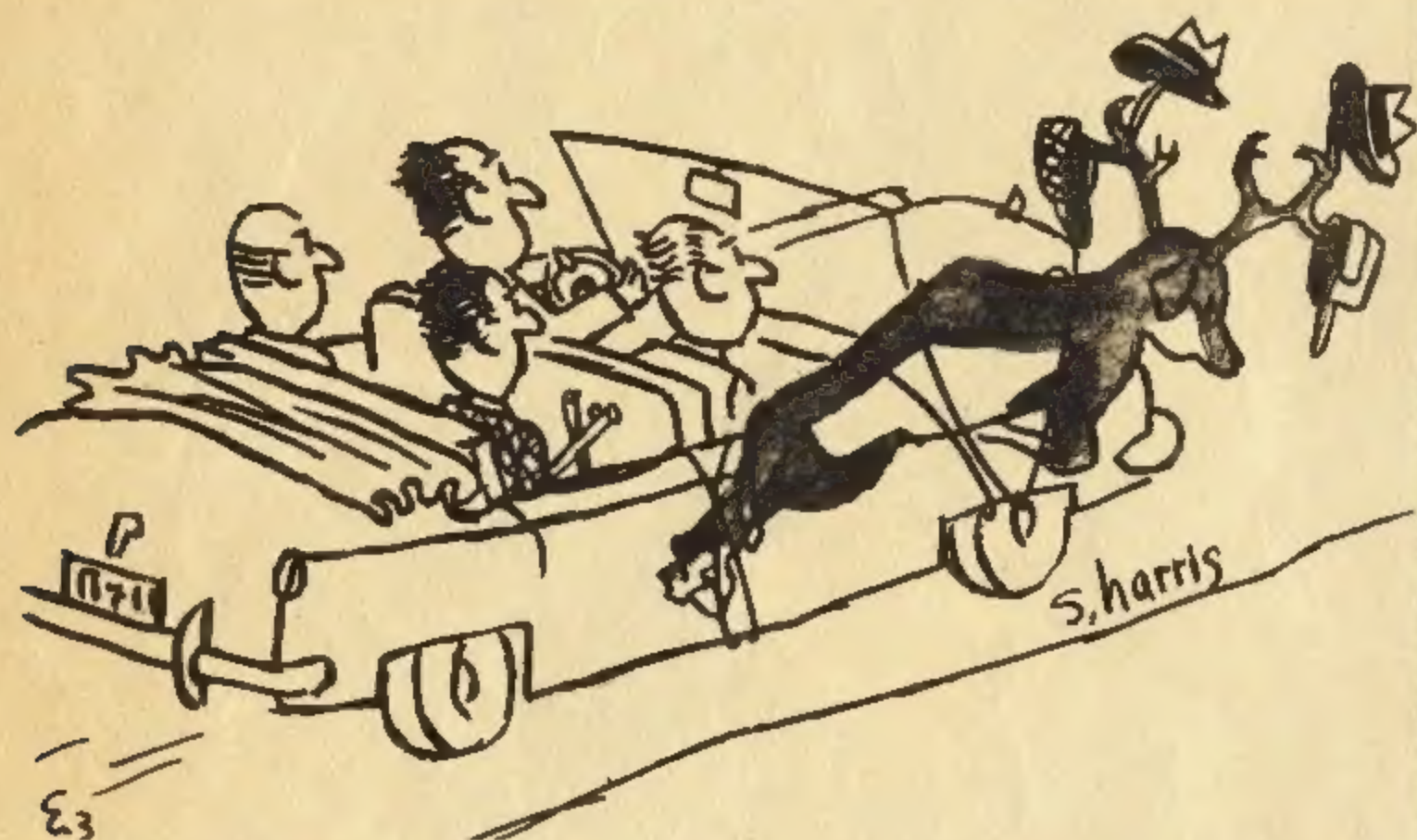
—¡Deja ya de una vez de hacer señales, Harold...!



—Allá va mamá con el coche y el garaje, todos por la carretera...



—¿Fuiste tú quien abrochó el cinturón de seguridad de mamá, Bill?



—No se preocupe, llevo silenciador.

—«Pérez e Hijo» me han despedido...



TRAGEDIA de POBRE HOMBRE

Santipérez era un pobre hombre, y, como pobre hombre, la víctima favorita, predilecta e ideal de sus jefes y hasta de sus iguales, que le imponían su voluntad como si le fueran superiores.

—¡Santipérez, tráigame el periódico!

Y Santipérez tenía que traerlo.

—Santipérez, acérquese a contabilidad y pida el resumen mensual.

Y Santipérez tenía que acercarse a donde le decían.

—Santipérez, ¿quiere sacar punta a mi lápiz?

—Es que... —intentaba objetar en alguna ocasión Santipérez.

—¡No replique, Santipérez! —le cortaban con la mayor energía—. ¡Usted está aquí para trabajar y callar!

Santipérez se iba hartando cada vez más de que le mandaran tanto recado, enfadándose consigo mismo porque toda la culpa era de él por su falta de carácter al no ponerse en el sitio que le correspondía. Así que, tramando, como los pusilánimes, una artimaña para huir a tanto encargo, un día se fingió enfermo en el despacho.

—Santipérez, búsqume el periódico —le mandaron.

—No puedo, señor Calleja. Me encuentro muy mal.

Entonces el jefe le dijo que se fuera a casa.

Santipérez entró contentísimo en el hogar.

—¿Cómo es que has vuelto tan pronto?

—quiso saber su esposa.

—Les he engañado a los de la oficina —rió Santipérez su astucia—. He dicho que estaba

enfermo, y me han hecho venir.

—¡Estupendo! —se alegró la esposa—. Porque tengo mucho trabajo hoy, y así me ayudarás. Ve secándome los platos.

—Pero... —quiso defenderse Santipérez.

—¡No hay peros que valgan! ¡Además, no estoy para perder tiempo! —chilló su mujer.

Y Santipérez secó los platos.

—Tráeme la botella del aceite.

Y Santipérez no tuvo más remedio que llevarle la botella del aceite.

—Búscame el libro de cocina.

Y Santipérez le buscó el libro de cocina y le hizo mil recados más, hasta que, aprovechando un descuido de su mujer, abrió la puerta y corrió hacia su oficina.

—¿Qué le pasa, Santipérez? —se extrañó el jefe al verle volver.

—Nada, señor Calleja; que ya estoy mucho mejor...

—Me alegro. Ande, baje al bar y tráigame un café.

—¡Santipérez, busque una goma de borrar! —ordenó otro de los oficinistas.

—Santipérez, tráigame cuartillas —le dijo un apoderado.

—Proporcióneme sobres —le pidió un secretario.

Santipérez, inclinando los hombros, arrastró los pies lentamente para cumplir todos los encargos.

Y sabía que no tenía solución. Los pobres hombres, al nacer dentro de la categoría de pobre hombre, están irremisiblemente marcados.

G. MARTINEZ



—¿Por qué no se une a los demás durante el descanso? ¿Tiene miedo de que esto le conserve despierto?

DDT

REVISTA DE HUMOR

NUM. 748 • AÑO XV 1 de noviembre de 1965

Director: **MIGUEL MARTIN MONFORTE**

Publicada por: **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
por concesión para España de **CREACIONES EDITORIALES**
prohibida la reproducción

Impresa en los talleres gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - BARCELONA - 1965

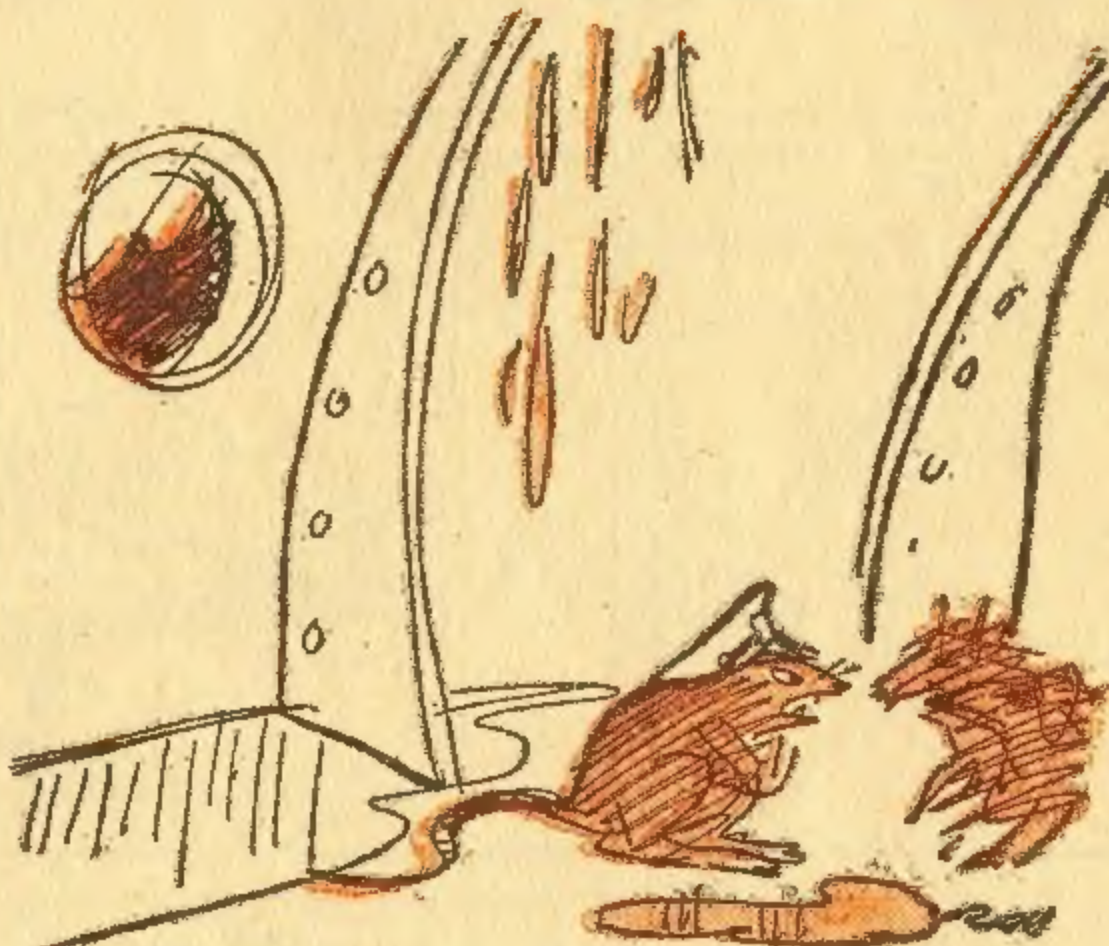
CREACIONES EDITORIALES 1965 - Depósito legal B 125 - 1958



—Yo debo mi éxito a que trabajé muy duro
siendo un granuja.



—¡Un hombre que hace trampas
en las cartas, es capaz de
hacer trampas en todo!



—¡Yo conozco mi obligación y no
me marcharé!



—Ya debieras saber lo que
pasa cuando papá está regando
el jardín y se le molesta...



—¡Sabía que tenía que ocurrir al-
gún día!



ESTRENO DE GAFAS

Las campañas de protección ocular consti-
guen que muchas personas llenas de miopías
y dloptrías descubran defectos que ignora-
ban, tras lo cual se hallan en la situación de
ponerse gafas.
¿Cómo reaccionan ante ellas las diversas
psicologías? Véanlo:

EL PESIMISTA:

—¡Gafas!... Por ahí se empieza a decaer.
Hoy gafas; mañana, un aparato para la sor-
dera; pasado, dentadura postiza... ¡Ya me
quedan pocas semanas de vida!

LA ESPOSA:

—Tengo que usar gafas. ¡Estupendo! Así,
cada temporada podré cambiar de modelito
de montura. El caso es tener excusas para
gastar...

EL TACAÑO:

—Pues como no encuentre un amigo ópti-
co que me haga por lo menos el cincuenta
por ciento de descuento, en vez de gafas me
compro un bastón para tantear los obstácu-
los, y me sale más barato.

EL BAJITO:

—¡Qué rabia! ¡Ahora todos me llamarán
"cuatro ojos"!

EL OBSERVADOR:

—Bien. Ya llevo gafas. Ahora, a contar
cuánta gente me dice, con cara de ocurren-
te: "Chico; las gafas te dan un aire de intelectua-
lidad que tira de espaldas"

EL COBARDICA:

—Esto de las gafas es formidable. Porque
puedo meterme con la gente sin que me vuel-
ten un guantazo. Como llevo gafas...

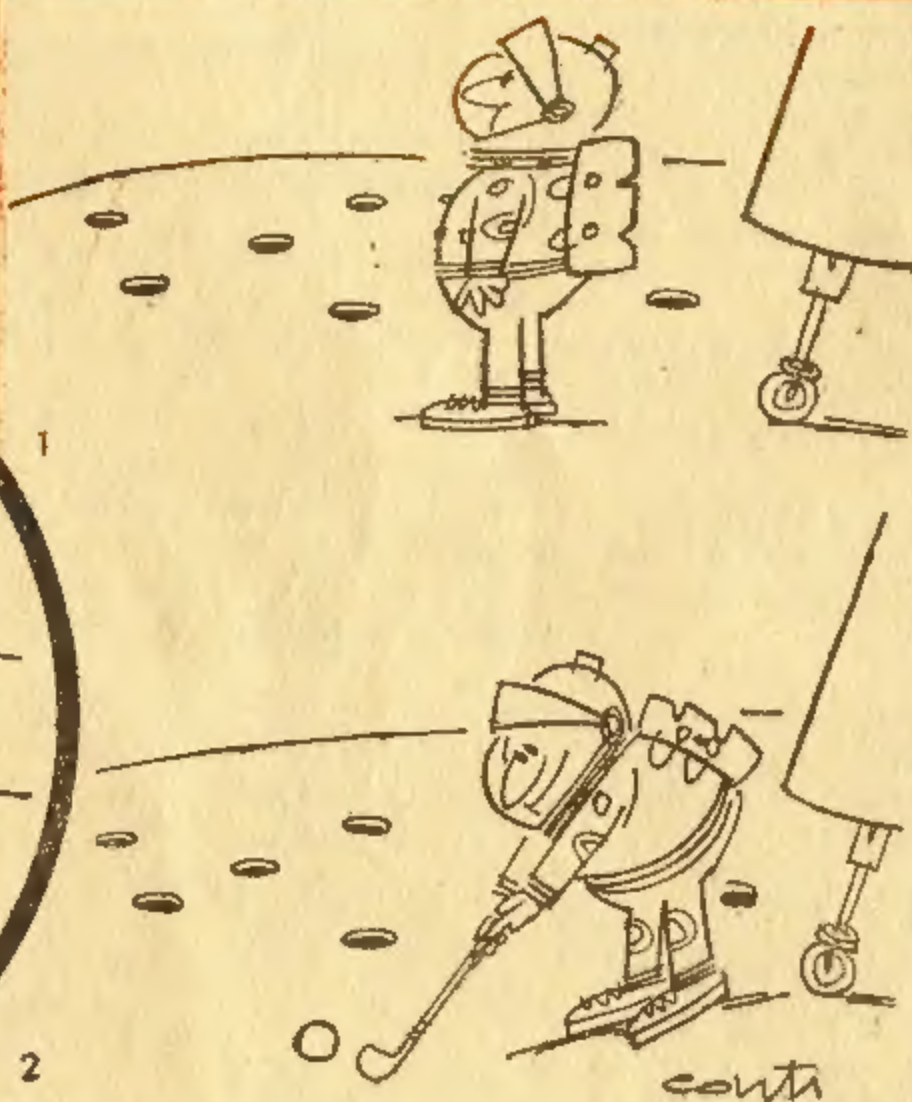
EL RIQUISIMO:

—Como soy tan rico, y he de usar gafas,
me compraré unas para ver de cerca; otras,
para ver de lejos; otras, binoculares; otras
con cristales de color graduados. Y unas len-
tillas de contacto. ¡No voy a conformarme
con un solo par de gafas! ¡Qué pensarían en
los consejos de administración, de mí!...

EL PICARON:

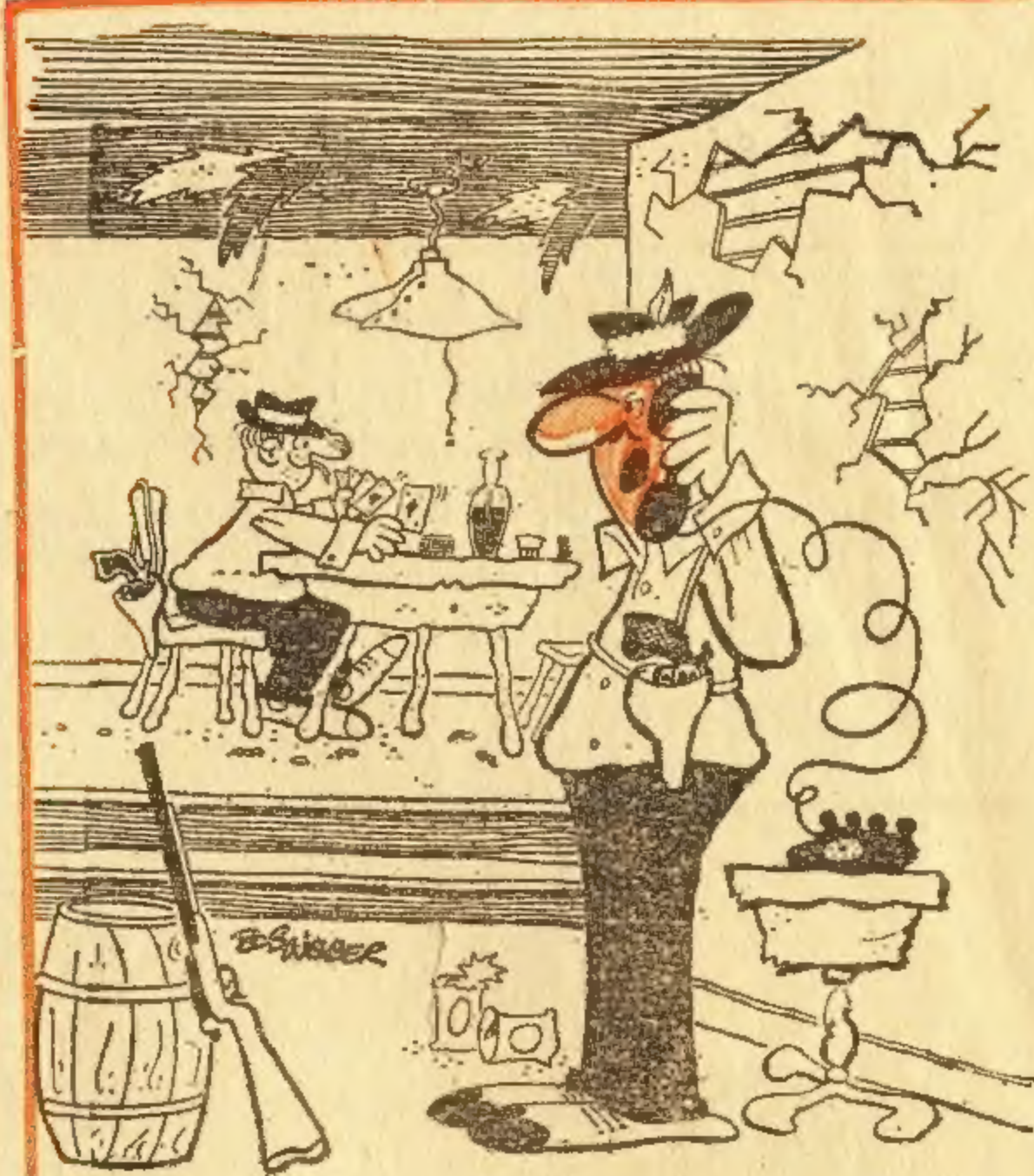
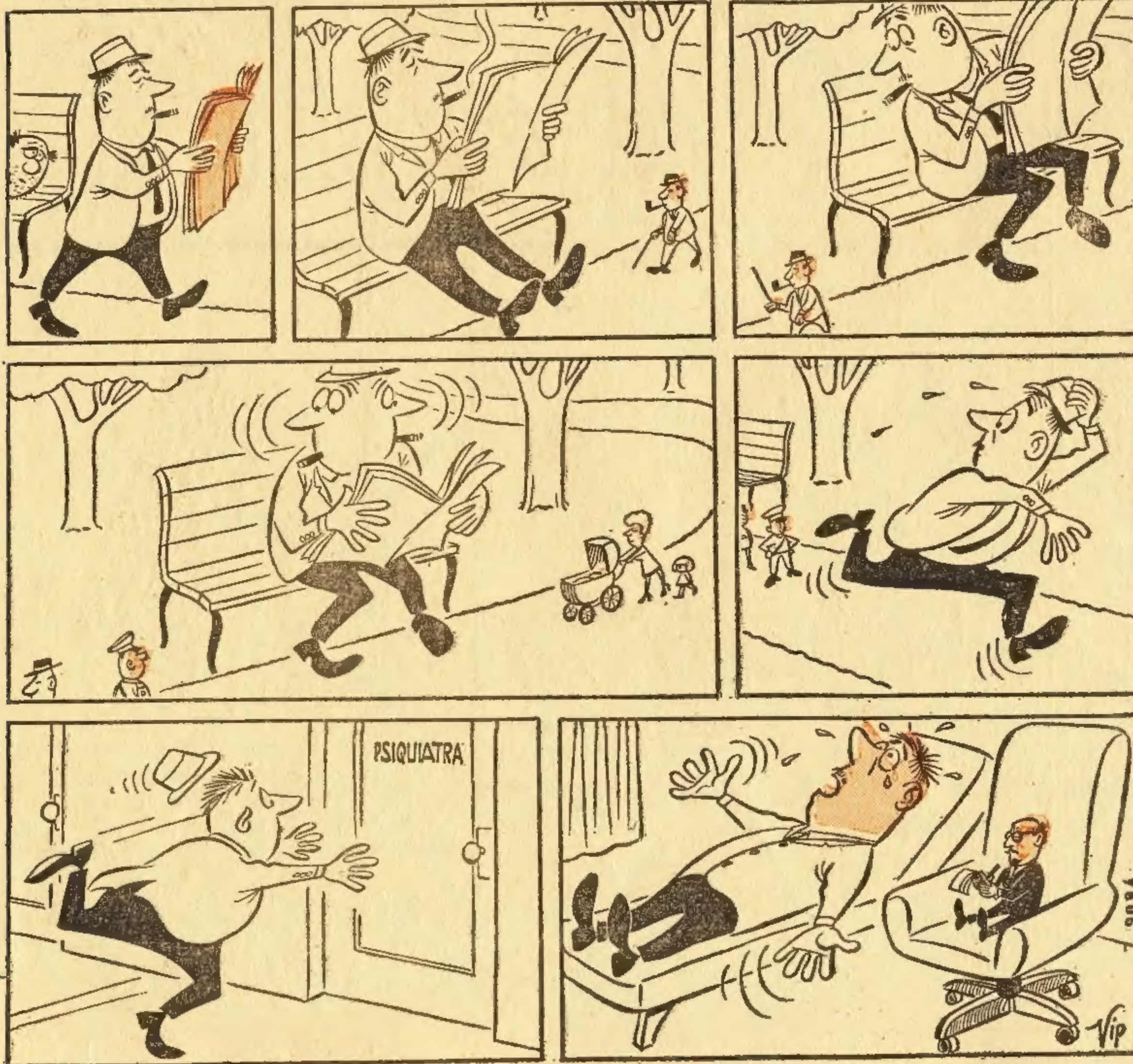
—Pues si antes me parecían guapísimas
todas las chicas... ¡madre mía, cómo me voy
a poner, cuando las vea bien, con mis gafas!

ISIDORO

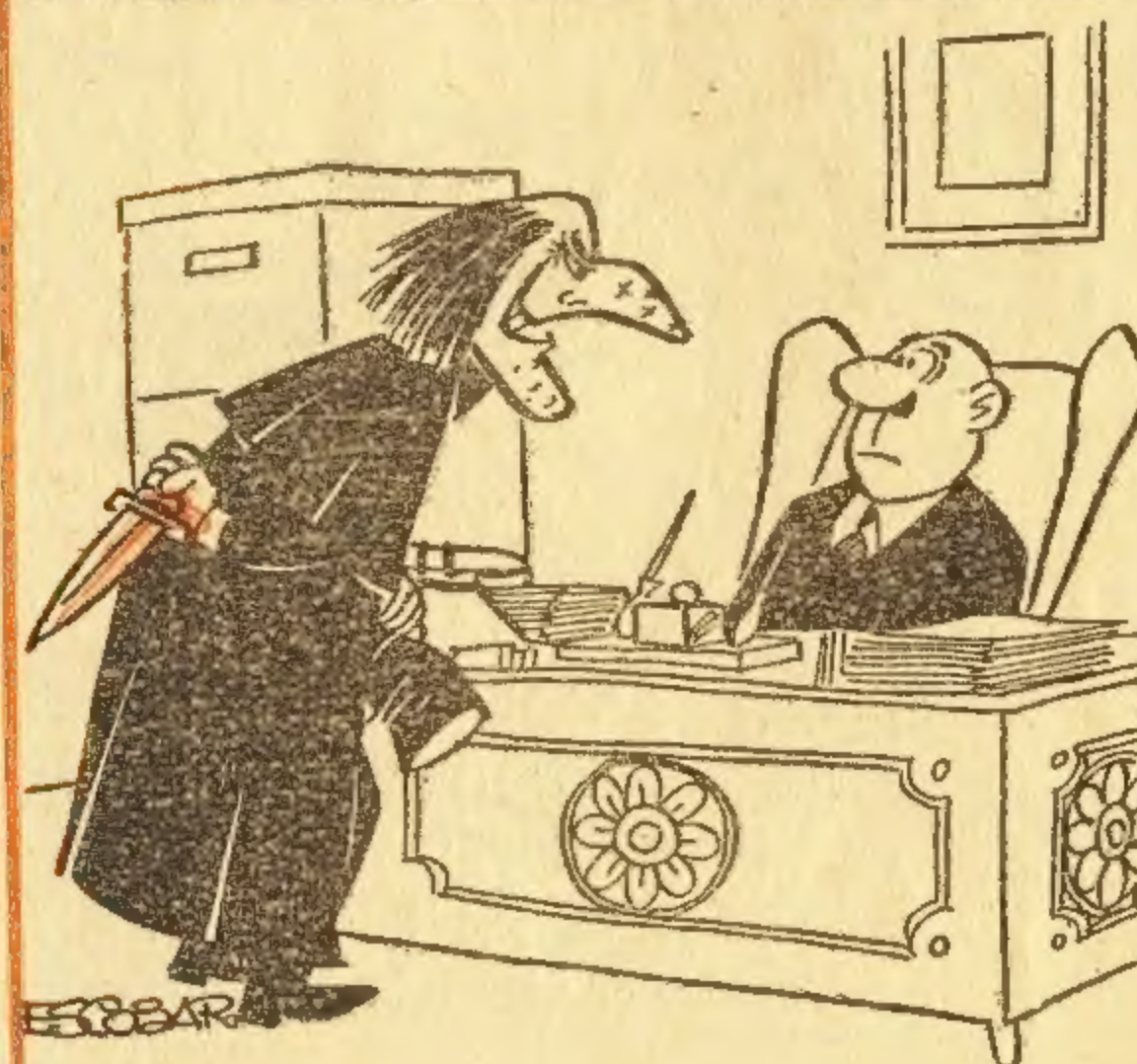


Big GEORGE!

by Virgil Parteh



—No, mi esposa no está. Ha bajado a la ciudad a robar en los Grandes Almacenes...



—Mañana no vendré a la oficina. Tendré que visitar a un señor al que le dolerá mucho la cabeza...



—Bien, mister Turner, ¡adelante con su broma de costumbre!



—¿Todavía insiste en que resulta difícil de cortar?

Aire acondicionado

REFRIGERACION VERANIEGA

Don Rosendo y don Servando entraron en la cafetería, cuyo local estaba refrigerado.

—¿Qué quiere usted tomar? —preguntó don Rosendo a su acompañante, mientras se frotaba las manos para combatir el frío reinante en el local.

—¡Un doble de coñac! —exclamó don Servando, que estaba muerto de frío.

—Yo tomaré lo mismo —advirtió don Rosendo, llamando a la camarera.

—¿Se ha fijado usted qué frío hace? —preguntó don Servando.

—En efecto —dijo don Rosendo—.

Yo no quería nada, pero...

—Calle usted, hombre. Aquí hace un frío que pela —se subió el cuello de la americana don Servando.

—¡Dos coñacs dobles! —pidió don Rosendo a la camarera, que había acudido en aquel momento.

—A ver si así entramos en calor —tiraba de frío don Servando.

—¡Atchísss! —estornudó don Rosendo.

—¡Jesús! —le dijo don Servando.

—¿Lo ve usted? Ya me he resfriado —sacó su pañuelo del bolsillo don Rosendo.

—Con este frío, no me extraña —le castañeteaban los dientes a don Servando.

—¡Ah! —dijo don Rosendo, tomando un trago de coñac—. Esto ya es otra cosa.

—A ver si es verdad que nos calentamos un poco —bebió asimismo don Servando.

—¡Atchísss! —volvió a estornudar don Rosendo.

—¡Jesús! —volvió a decirle don Servando.

—Nada, que ya pesqué el catarro —se lamentó don Rosendo.

—En mi vida había pasado yo tanto frío —se quejó don Servando.

—Estaremos a tres grados bajo cero, por lo menos —advirtió don Rosendo.

—¡Atchísss! —le tocó ahora estornudar a don Servando.

—¡Jesús! —le dijo don Rosendo.

CALEFACCION INVERNAL

Don José y don Bernabé entraron en la cafetería en cuyo local había calefacción.

—¡Uf! —se secó el sudor de la frente don José—. ¡Aquí se asa uno!

—¡Qué bochorno! —exclamó don Bernabé.

—¿Qué van a tomar los señores? —quiso saber el camarero.

—Yo, un helado —pidió don José, que estaba sudando a chorros.

—A mí, otro —dijo don Bernabé, mientras se abanicaba con el periódico.

—Las cosas frescas te quitan el calor de momento, pero al rato vuelves a estar otra vez igual —advirtió don José, que, por lo visto, era algo quejica.

—Lo que pasa es que sudas todavía más —dijo don Bernabé, que soportaba muy mal el calor.

—¡Estoy sudando la gota gorda! —exclamó don José, que se pirraba por las frases hechas.

—Aquí no se puede parar de calor —se aflojó el nudo de la corbata don Bernabé.

—Yo no me explico cómo la gente no está aquí en traje de baño —exageró don José.

—Hace calor para eso y para mucho más —le dio la razón su acompañante.

—¡Estoy sudando tinta! —insistía don José en sus frases hechas.

—A mí el calor me deja sin ganas de hacer nada —resoplaba don Bernabé.

—Yo también prefiero el frío al calor —dijo don José, sudando si tenía qué sudar.

—Salgamos cuanto antes de este horno —se daba prisa en terminar su helado don Bernabé.

—Sí. Como estemos mucho tiempo aquí dentro, nos vamos a torrefactar —opinó don José.

—Compadezco a los pobres camareros, que tienen que pasarse el día aquí metidos —dijo don Bernabé.

—No sé cómo no se derriten —sentenció don José.

—Anda, ni yo —concluyó don Bernabé.

HILARIO

¡ASI ME GUSTA SILVANO! ¡QUE EN LUGAR DE IR SIEMPRE DETRAS DE LAS CHICAS, TE DEDIQUE...



A COSAS UTILES CUAL LA BUSCA DE METALES RAROS CON EL PENDULO.



¿METALES RAROS?

SI... SI...

¡ME HA MATAO!



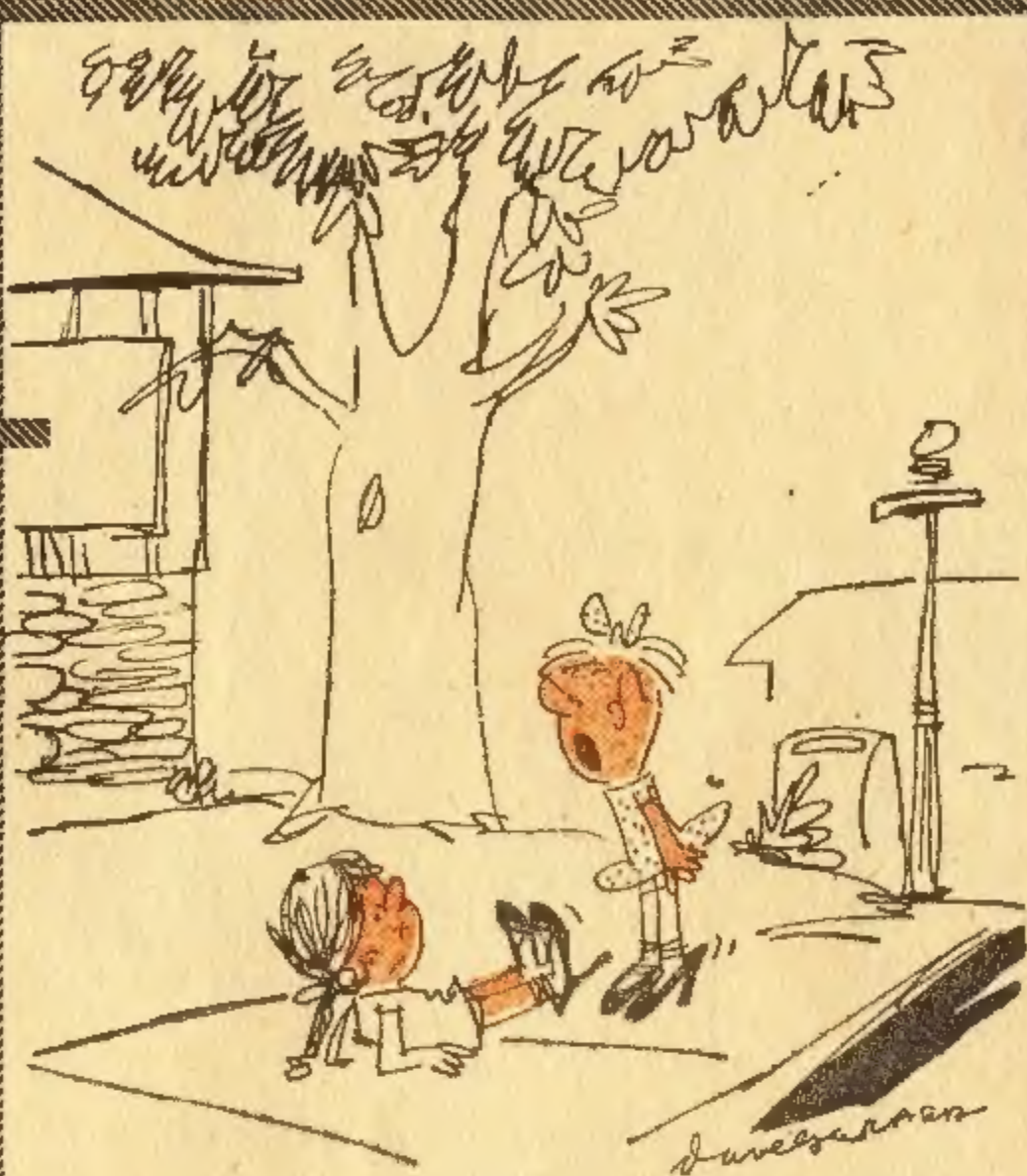
¡hijitos* nuestros!



—¡Deje el coche tranquilo! Su hijo acaba de perderlo jugando a las canicas...



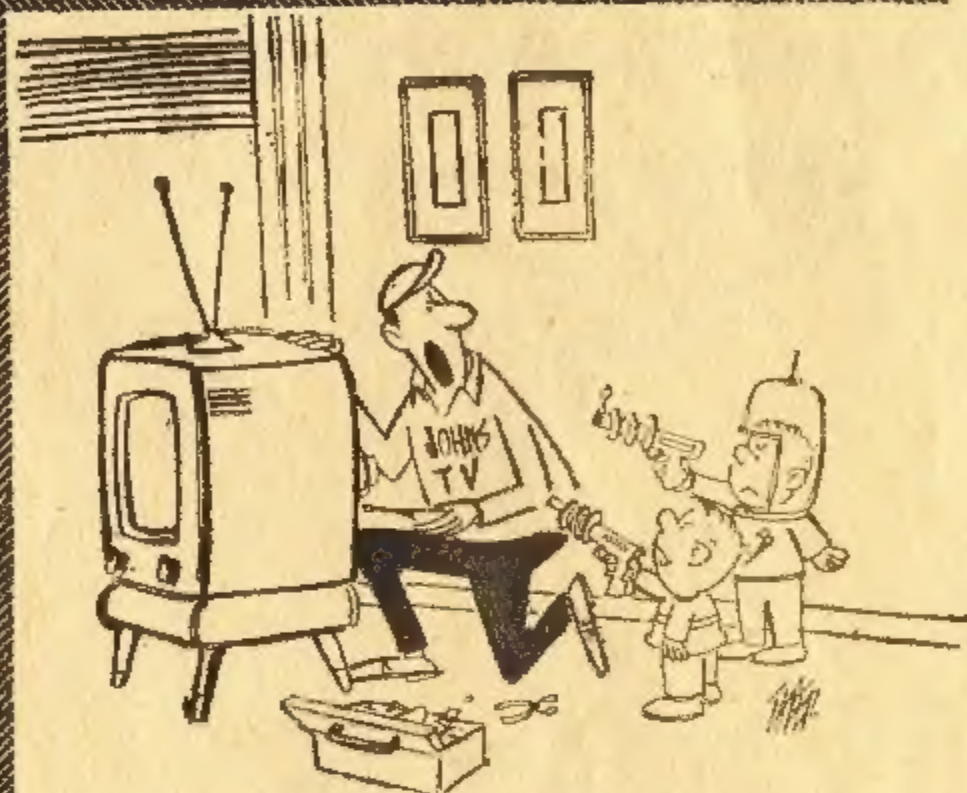
—¡Hum...! Este es el más pequeño que has recibido en tu vida, ¿verdad?



—Lo que tienes que hacer es ponerte de nuevo sobre ellos, antes de que estés demasiado nerviosa.



—¡Desde que tiene coche, todas las chicas le encuentran atractivo!



—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Lo arreglaré!

Cuadro de firma

Con el periódico de la mañana desplegado como todos tenemos que desplegarlo todas las mañanas, o sea, haciendo mil contorsiones para llegar a doblarlo de una forma conveniente que no nos produzca torticolis, don Edmundo gritó de repente:

—¡Caracoles, esto puede ser interesante! Porque en el centro de un recuadro negro, había un anuncio que decía lo siguiente:

Vendo a precio de saldo famoso cuadro LA GIOCONDA Rodolfo Matalahúva-Lamasca, 318

Anhelante, nervioso, don Edmundo cogió el portante y se lanzó a la calle. Ya en ella comprobó con estupor que, con las prisas, en lugar de tomar el portante suyo había tomado el de su esposa. Tuvo que subir a cambiárselo.

De nuevo en la calle, ya con el portante propio, don Edmundo paró a un taxi y le dijo que, con la mayor rapidez posible, le llevase a Lamasca, 318 (es decir, don Edmundo no se lo dijo al taxi, sino al conductor de él, porque aunque mucho se ha adelantado en motores de explosión, todavía no hay vehículos que atienden los deseos del ocupante por sí solos).

Al llegar al domicilio reseñado en la prensa, don Edmundo subió como loco las escaleras y llamó a la puerta del propietario del cuadro famoso. Le abrió una criada.

—¿Viene usted a ver el cuadro? ¡Pues pase!

Y gritando hacia dentro, destemplada: —¡Señora, otro que viene a ver a la tía esa! Un poco amostazado, don Edmundo dejó el portante en el paragüero y avanzó en la

dirección que le señalaba la fámula. Apareció una viejecita muy limpiita y cuca, que saludó al recién llegado con una reverencia muy fin de siglo.

—Pase, pase por aquí, caballero y podrá contemplar esa obra maestra...

E introdujo a don Edmundo en un salón en el que, delante del cuadro en cuestión, se hallaba un viejecito que hacía juego con la señora que le había recibido. El anciano se inclinó también ante don Edmundo, y, señalando el lienzo, dijo con arrobo:

—¿No es extraordinario?

Don Edmundo sufrió una especie de colapso en seco al contemplar la pintura. Esta representaba a una señora opulenta vestida ligeramente cubriéndose con un ejemplar de "La Esfera".

—Pero..., ¿qué es esto? —suspiró don Edmundo.

Al pie del marco suntuoso había un letrero en el que se leía en letras negras: "Retrato de Pepa la Gioconda, 1906".

—Yo creía... —musitó el visitante, estupefacto.

Los viejecitos rememoraban:

—¿La recuerdas, cuando salía a los escenarios de entonces con aquel desparpajo...?

—¡Entraba en Fornos y ese día los camareros servían, en vez de café, agua de castañas, porque la gente no se daba cuenta!

—Dicen que don Alfonso XII le regaló un pinjante.

—Un pinjante que pinjaba.

Don Edmundo, despacito, despacito, salió de puntillas de la habitación, atravesó el pasillo, se acercó al paragüero, tomó el portante y bajó los escalones de aquella casa sin volver la vista atrás.

JORGE LLOPIS



—Lo que tenemos que hacer, hijo, es canalizar nuestra energía...



—...y cuando sea mayor, seré educado, inteligente e hipócrita.



—¿Le gusta el color con que he pintado el timbre?



—¿Por qué no te pones el impermeable y te vas a tocar afuera, bajo ese hermoso y divertido temporal?



—Si nos paga ahora por limpiar su nieve del invierno, podrá beneficiarse con nuestros precios especiales de verano...

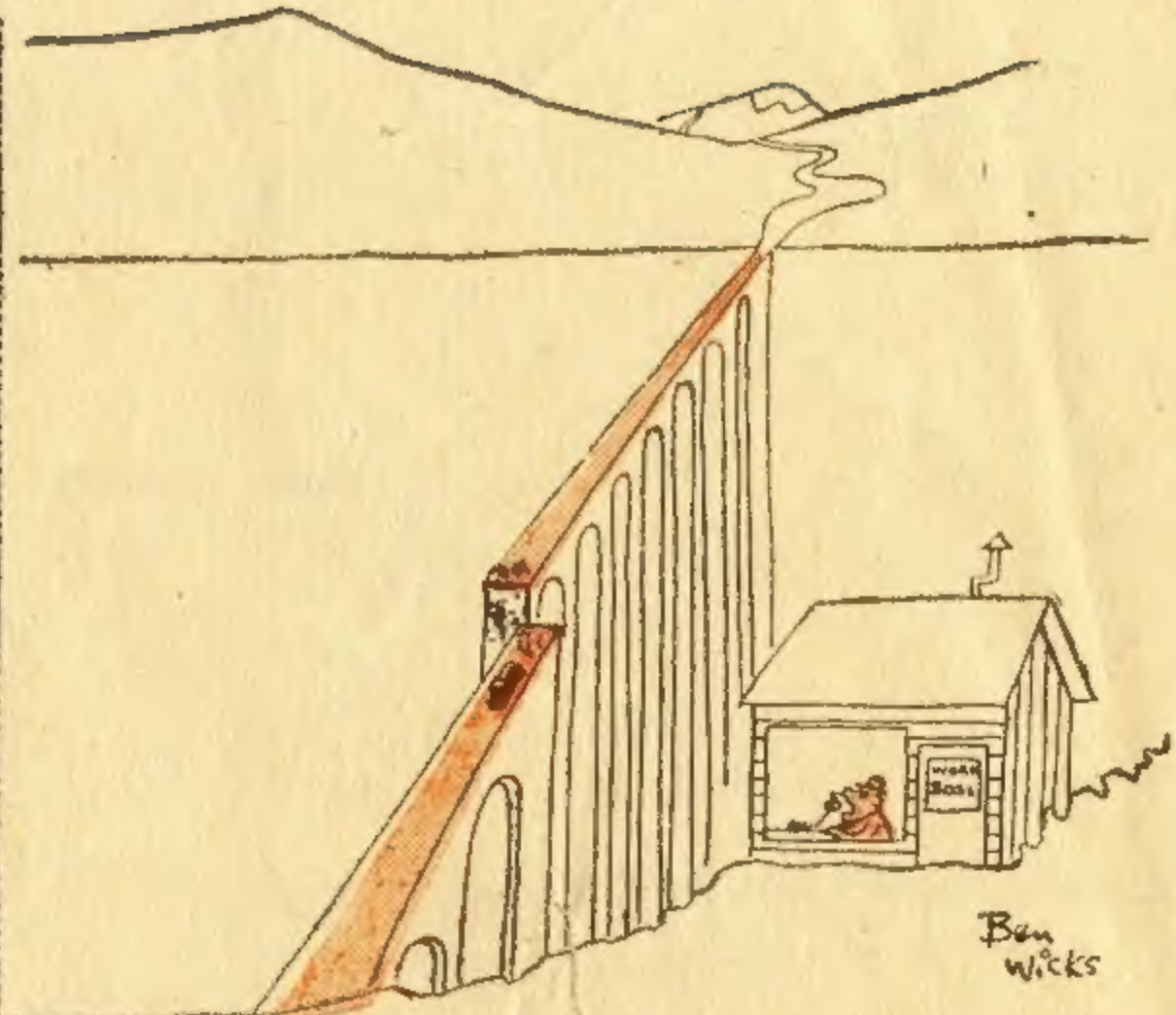


—¡Sí, papá, estaba sobre los libros, como siempre!



—¡Claro, señora, esta raza la vendemos por centímetros!

¡CURESE SU COMPLEJO de SERIEDAD!



—Tengo una noticia que darle, jefe... ¿Está usted sentado?



—¡Rápido, Elena! ¡Velocidad, 500, diáfragma, 5'6...!



—Creo que estos pilotos de la mesa vecina nos mandan una nota.



—¡Buenos días, doctor! ¿Cómo se encuentra?



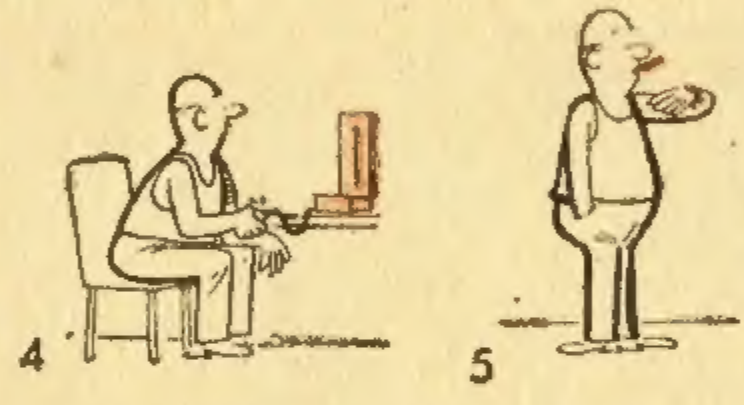
—Hoy en el colegio nos hablaron de la Gran Familia Humana...



—Díganos más frases como estas de "He tenido que gastar más dinero para ahorrar más dinero". Es para explicárselo a nuestros maridos, ¿sabe?



—Si te apetece pensar, por lo menos podrías hacerlo en voz alta...



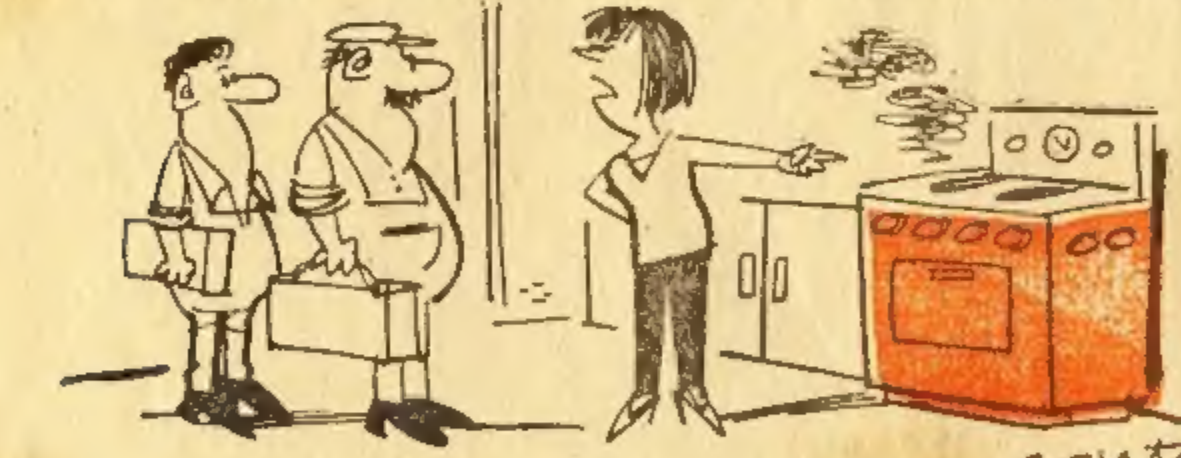
—Muy bien, gracias.



—¡Hola, cielo! ¿Qué hay para com...?



—Les he llamado, porque mi nueva cocina se niega a obedecerme.



—Pinto para el futuro. Mi ambición es que dentro de trescientos años mis cuadros se subasten en Londres.



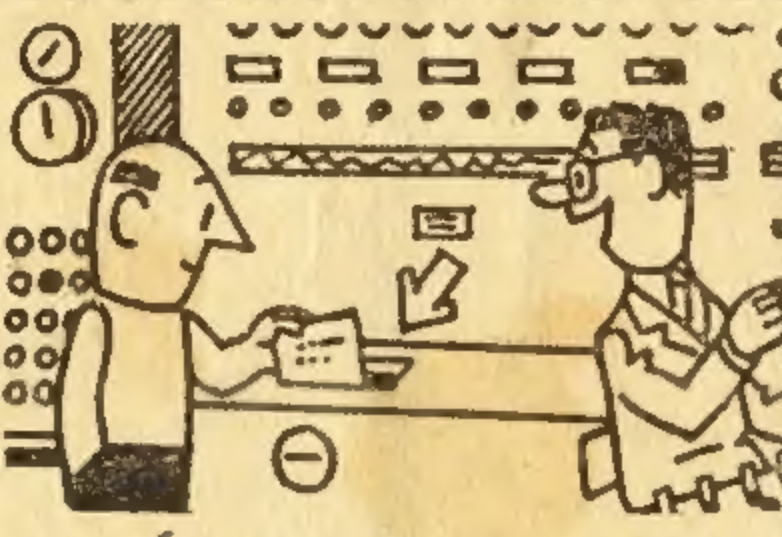
—Pinto para el futuro. Mi ambición es que dentro de trescientos años mis cuadros se subasten en Londres.



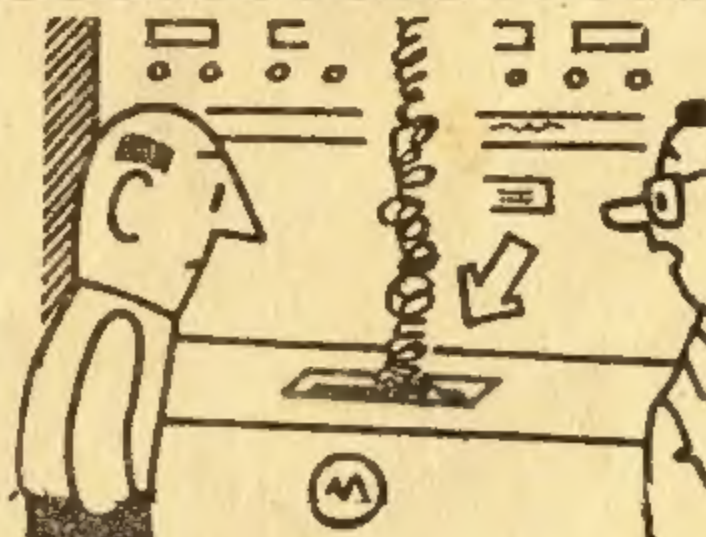
—... de 37 habitaciones y un solo enchufe para aspirador.



—¡Oh, una solicitud de reducción de impuestos...! 4.º piso, habitación 118.



—No tiene más que poner la solicitud en esta ranura. Nuestro cerebro electrónico dará la respuesta inmediatamente.



—Dijo: No.



—Puedes llamarme simplemente: «dos».



—¡...Y no trates de escaparte ahora! ¡Todavía no han traído tu traje de la tintorería!



—Es un juez tan clásico como estricto...



—Tráigame el vino en una taza. Le he prometido a mi mujer no beber un solo vaso más...



—Otra cosa que voy a echar de menos cuando me retire, será no tener que darle cuerda al despertador.



—Me da la impresión de que hay un testigo sorpresa...



—Sargento, ¿quiere reírse?



—¿Es usted el señor que tenía prisa?

¿Diversión u obligación?

Tomarse unas copas de más los sábados por la noche.
Acompañar al tío Lorenzo, que ha llegado del pueblo, a ver un espectáculo de revista.
Ver la corrida de toros que televisan en directo.
Ir a la piscina para ponernos un poco morenos.
Tomar el aperitivo con don Rosendo.
Leer el chiste de actualidad del diario.
Pedir una botella de champaña en el cabaret.
Hacer "camping" alguna vez.
Leer algún libro de Françoise Sagan.
Cantar flamenco delante de una extranjera.
Aprender a bailar un ritmo moderno.
Cantar mientras nos afeitamos.
Jugar al balón en la playa.
Jugar a las cartas en el pueblo.
Probar el pastel que ha preparado tía Eduarda.
Reír los chistes que cuenta don Romualdo.
Esquiar en invierno.
Bañarse en verano.
Llevar a los pequeños al circo.
Darse una vuelta por la verbena del barrio.
Escuchar algún disco de "Los Beatles".
Pasar el fin de semana fuera de la ciudad.
Ir a algún estreno de teatro, para que no digan.
Hablar de fútbol.
Comer gambas con Lolita.
Tomar coñac en pleno invierno.
Tomar helados en verano.
Tocarse con un gorro de papel en Nochevieja.
Escuchar las canciones que canta la sirvienta del tercero derecha.

Batir palmas para que venga el camarero.
Comer "pinchitos morunos" para no defraudar a nuestro amigo Manolo, que es de Ceuta.
Fumar puros cuando se va a los toros.
Adelantar a los otros vehículos cuando vamos en el coche con Lolita.
Ponernos un sombrero cordobés cuando vamos a la feria de Sevilla.
Contar chistes en los sepelios.
Levantarnos a las seis de la mañana durante las fiestas de Pamplona.
Hartarnos de comer en Nochebuena.
Acompañar a esa sueca a un "tablaó" flamenco.
Jugar al ajedrez con el abuelito.
Jugar a las damas con la abuelita.
Cantar a coro en las excursiones colectivas.
Bailar "La Conga" en los guateques.
Escuchar la romanza que nos canta la hija de doña Gertrudis.
Decirle un piropo a esa rubia despampanante.
Ir a ver las películas de Elke Sommer.
Enseñar a nadar a esa bañista tan guapa.
Arrojar cosas en las batallas de flores.
Acostarse tarde los días de verbena.
Asistir a la exposición de óleos de nuestro amigo Vicente.
Tomarse unas copas al pasar por Montilla.
Tomarse unas mantecadas al pasar por Astorga.
Leer "El Quijote".
Dar saltitos cuando viajamos por una carretera malísima.

HILARIO



—¿Qué demonios es esto? ¡Pedí legumbres!



—¡Por lo que más quieras!
¡Deja de remar...!

TEATRO

SINÉTICO



PEPETTA DE RIVERPLATE

(Opera italiana)

ACTO PRIMERO

(La escena representa un jardín en el castillo de Riverplate).

MINESTRONA:

Pepetta, ten cuidado,
te lo aconsejo,
pues pueden darte gato
por un conejo

PEPETTA:

Va a ser algo difícil,
mi gentil aya,
porque el conejo calla
y el gato maya

(Se presenta sin previo aviso el apuesto
y gordo —es el tenor— REMIGIO DE PAS-
SEPORT).

REMIGIO:

Paso todas las noches en vela,
sin el sueño poder conciliar,
mientras lejos la luna ríela
como suele la luna ríelar.

PEPETTA:

¿Que no duermes, mi bien? ¡Por Latona
que eso es causa del ácido úrico!

Toma aminofenilazolona,
que es un gran y eficaz barbitúrico.

LOS DOS A LA VEZ:

Barbitúricos, sí, tomaré,
barbitúricos, sí, para mí,
para ti, para ti, para ti,
para mí, para mí, para me.

(Se separan. REMIGIO parte a la guerra
de los 30 años y un día. Entra FELIPE DE
TRADEMARCK).

FELIPE DE TRADEMARCK:

Pepetta, soy tu tutor,
por una razón sencilla:
que tu buen progenitor
cogió una fiebre en Melilla.
De la fiebre entró en el coma,
del coma entró en la agonía,
y de la agonía entró
en un hotel de Almería.
Como eres huérfana y sola
y yo tengo potestad,
he decidido tu boda
con Alberto Finestrat,
que aunque no es de noble cuna
ni de prosapiosa casa,
posee una gran fortuna
y una fábrica en Tarrasa,

que hace con fibras sintéticas
los tejidos más en boga,
y no sólo los fabrica,
sino que los homologa.

(PEPETTA cae redonda al suelo. Tam-
bién redondo cae el telón de este acto).

ACTO SEGUNDO

(Un salón en el palacio de Riverplate).

CORO:

¡Brindemos, libemos, libemos, brinde-
mos...!

FELIPE TRADEMARCK:

¡Silencio!

CORO:

¿Qué ha pasado?

FELIPE TRADEMARCK:

¡Que no podéis libar!

Escuchadme, señores

CORO:

En silencio escuchemos.

FELIPE TRADEMARCK:

¡Pepetta. Dios del cielo, está loca de atar!

(En efecto, entra PEPETTA DE RIVER-
PLATE, loquísima. Canta).

PEPETTA:

¡Volaba la abubilla en el jardín riente!
¡Volaba la tortilla, volaba don Vicente!

¡Soplaba el céfirillo, soplaba el cierzo he-

[lado,
soplaba una señora que vino de "Bil-
(bado...")

¡Remigio, yo te adoro...!

¡Remigio, cuando hablabas...!

¡Qué hermosa era tu boca...!

¡Qué bien que pronunciabas...!

¡Por eso estoy más loca

que una mata de habas!

(Se desploma sobre el suelo, muertí-
sima).

CORO:

¡Noche de gran pavora, agitada cual mar!

¡Y nosotros aquí, sin poder ni libar!

Cae bastante lírico el

TELON

JORGE LLOPIS



—¿Podría sacar el cuchillo an-
tes de pesarlo?



—¡Cree que tú traías las herra-
mientas!



—¡No, no, mi marido ha decidido hacer-
se abstemio...!



—Mi suegra siempre anda husmeándolo
todo... ¡Vas a ver ahora!

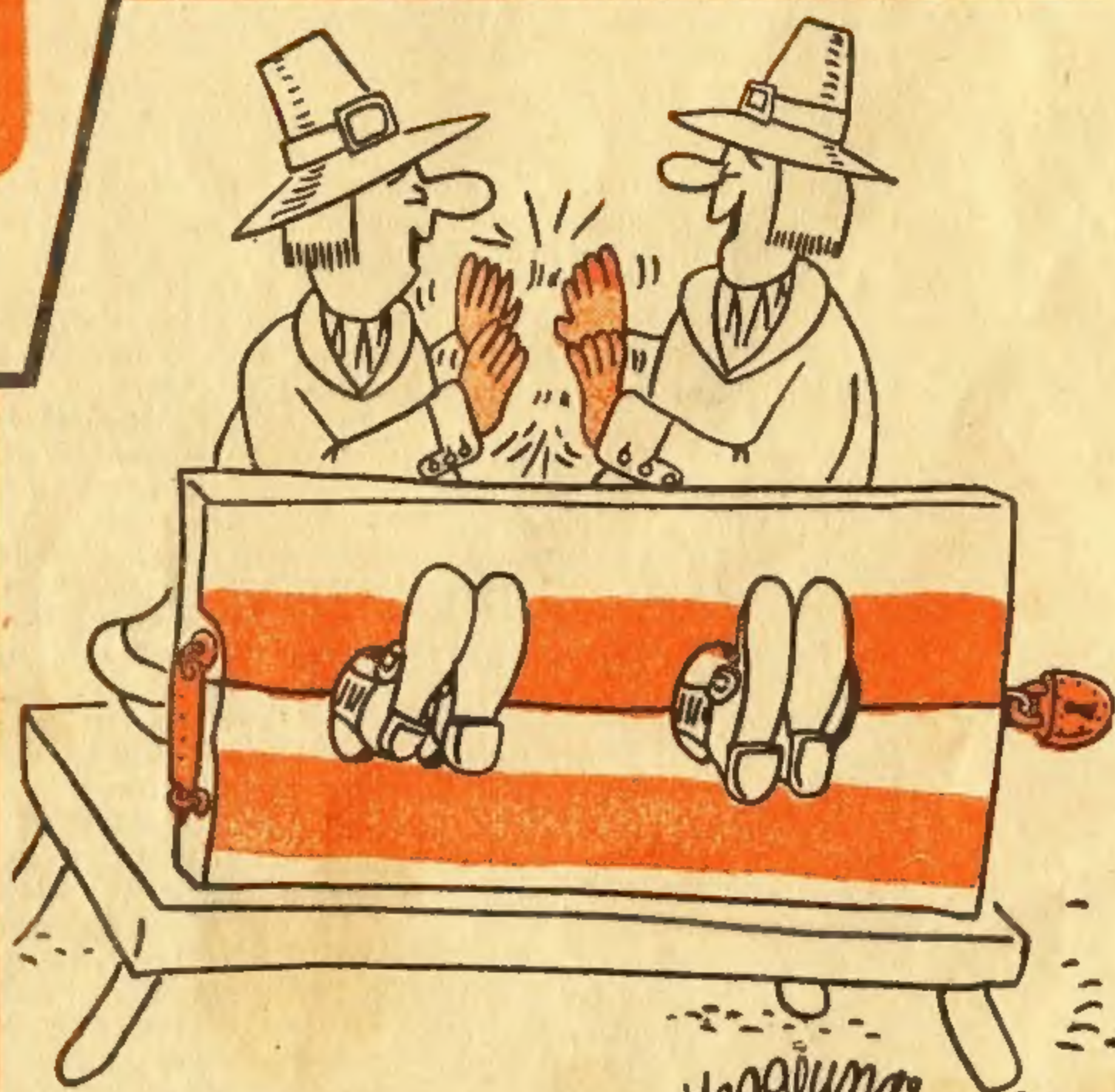
ONU del CHISTE



conti



—No me gusta su modo de montar...



—¡Manitas...! ¡Manitas...!



—Debes estar engordando. Tus dedos cada día son más gorditos.



—¡Y pensar que si no llega a ser por el cuadro no hubiera tenido el placer de conocerla!

hogar.

dulce

hogar



—Sabemos por nuestra hija que no es usted exactamente de nuestro país...



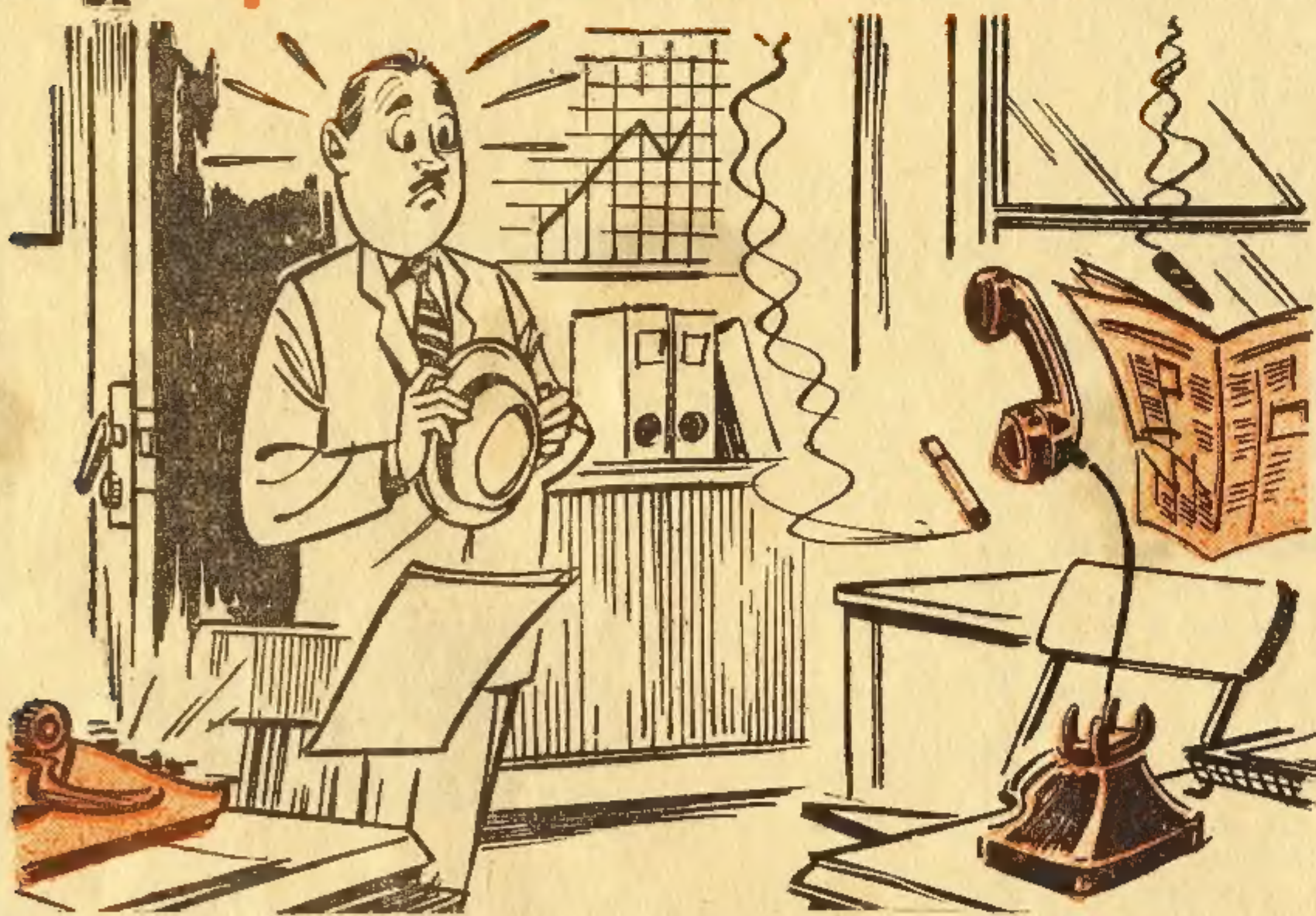
—¡Cómo envidio la suerte que tienes de poder estar todo el día jugando con los niños!



—Vamos a instalar los altavoces del tocadiscos en el jardín... ¡Ya lo oirán!

¡MIEDO! ¡ESPANTO! ¡TERROR! ¡OBSESION! ¡MIEDO! ¡ESPANTO! ¡TERROR! ¡OBSESION! ¡MIEDO! ¡ESPANTO! ¡TERROR! ¡OBSESION! ¡MIEDO!

¡Espanto en la oficina!



Antonio Diéguez se acercó a la puerta de cristales, a cuyo través se leía:

SMITH Y GARCIA, Limitados

Al ir a empujar la puerta, se abrió como si un ser fantasmagórico la abriera. Diéguez miró a todas partes con temor.

La sala, repleta de mesas vacías y máquinas de escribir, parecía hallarse en pleno funcionamiento sin que nada ni nadie se moviera.

Inesperadamente, sonó un timbre.

Diéguez se volvió asustado. No se veía a nadie, no obstante parecía que alguien respirara allí, cerca de él.

Al timbre, las máquinas de escribir empezaron a funcionar solas. El papel de carta se ponía en ellas y las teclas se movían solas.

Diéguez estaba tan asustado que tenía de punta incluso los pelos del bigote.

—¡Aaah! —dijo, abriendo mucho la boca.

Se volvió para huir, cuando vio en la mesa del conserje un periódico del día, que pasaba hojas solo, como si un ser invisible lo leyera.

—¡Aaah! —volvió a repetir con poca imaginación.

En el cenicero, humeaba un cigarrillo como si alguien fumara.

Se le pusieron de punta los pelos de las pestañas.

Corrió loco buscando la salida, que tenía a su espalda. En todas las naves de la monstruosa oficina parecía reinar gran actividad. Las máquinas escribían solas, los teléfonos se colgaban y descolgaban solos, se oían voces extrañas, ¡metálicas! ¡Como si fuera una oficina metalizada!

—¡Mamá! —gritó innecesariamente, porque su mamá estaba en Illinois, a mil kilómetros de distancia...

Corriendo, se encontró frente a una puerta con un cartel que decía "Dirección".

—¡Aquí habrá alguien vivo! —balbució, sin voz. (La había perdido por el camino).

Hacia rato que ya no respiraba y el corazón había dejado de latirle.

Empujó la puerta. El despacho estaba vacío y vio cómo se movía sola la silla presidencial y cómo una butaca se movía invitándole a sentarse!

Dio media vuelta para huir, cuando sonó aquella horrenda voz:

—Espere.

Se volvió.

Unas cortinas se corrieron detrás del sillón presidencial y apareció horrendo, espantoso, alucinante, un cerebro electrónico.

—¿Qué deseaba? —dijo la voz a la que le faltaba un poco de aceite.

—¡Huir!

—¿Viene por el anuncio? —siguió preguntando la voz, ya aceitada.

—Venía, pero me voy.

—Síntese.

La butaca se le acercó sola y Diéguez se sentó.

—Soy el director de la Empresa. Antes, aquí trabajaban centenares de chicas monas. Pero me pusieron a mí para resolver cosas y me adueñé de la Empresa. Todo funciona gracias a mí. Pero necesito alguien que dé la cara para recibir las visitas. Se asustan al ver cosas que se mueven solas. Usted será el hombre de paja.

—Yo no soy nada. ¡Quiero irme a casa de mamá! ¡Quiero irme a casa!

—Bien, Diéguez, váyase a casa. ¡Está usted despedido!

Diéguez levantó la cabeza y vio ante sí a don Rosendo, el dueño de García y García Limitada. Miró en torno suyo.

A su lado estaba Mari-Pili, tecleando en la máquina, tan mona como siempre. Y allí, Asun, un bombón ye-ye. Y más allá Paqui, la gordita.

—¡Están todas! —gritó—. ¡Están todas! Y besó a don Rosendo en ambas mejillas y saltó de alegría.

—No son máquinas, son chicas de verdad. Y se levantó para mirar a don Rosendo.

Pero frente a él no estaba don Rosendo. Estaba aquel horrendo cerebro electrónico que trabajaba sin cesar día y noche.

Y él estaba sentado a su lado sin hacer nada. Esperando. Se miró a un espejo de la sala. Llevaba sólo un día trabajando y tenía el pelo cano. Miró sus manos, ¡eran ya como garfios metálicos! Se estaba transformando en un robot!

¡Aquello había sido un engaño! Le llamaron para meterle en el engranaje como una tuerca más. Los pies eran ya de metal...

—¡No! ¡No! —gritó poniéndose en pie.

Y don Rosendo le sacudió por el hombro.

—Pero, Diéguez... Me parece bien que se duerma en la oficina, pero no chille, que va a despertar a los demás.

¡Sí, estaba en la oficina!

Miró a Mari-Pili, a Asun... ¡Todas estaban allí! Pero cuando se miró la mano ¡la vio metálica! ¡No era un sueño! Había soñado que soñaba.

Armando MATIAS GUIU



—¿Qué te parece si asfaltáramos el piso?



—De verdad, amigos, que no me apetece en absoluto salir.



—Habla tres idiomas: chillar gritar y bramar.

CONQUISTA FONTAINA

Hacía ya un buen rato que Carlitos Riopérez había advertido la presencia en el baile de una rubia despampanante.

Observándola detenidamente, llegó a la conclusión de que debía de ser estupendo poder bailar con ella.

En vista de eso, Carlitos Riopérez decidió invitar a bailar a la chica de campeonato.

Sin duda, se trataba de una empresa nada fácil, ya que la joven estaba solicitadísima. Así es que tuvo que aguardar pacientemente a que llegase el momento oportuno.

Cuando Carlitos Riopérez comprendió que había llegado este momento, abordó a la señorita de rechupete.

—¿Bailamos? — preguntó, francamente impresionado por la belleza de la muchacha.

—Estoy algo cansada y... — se dio importancia ella, como era de esperar.

—¡Bah! — le replicó Carlitos, creciéndose ante la dificultad—. Eso se arregla moviéndose otro poquito. ¡Ya verás!

Y, tomándola de la mano, se dirigió con ella resueltamente hacia la pista de baile, temeroso de que cualquier indecisión pudiera estropearlo todo.

Algunos de los presentes miraron a Carlitos Riopérez con cierta envidia, mientras éste se felicitaba interiormente por su excelente adquisición.

Cuando Carlitos y su bella pareja llegaron a la pista, la música sonaba con ritmo frenético y ensordecedor, haciendo la delicia de los bailarines, que se contorsionaban con verdadera furia.

No hizo más que pisar Carlitos Riopérez la pista de baile, acompañado de la preciosa



chica, cuando, debido a las exigencias de la música, se separaron ambos con un movimiento brusco y algo selvático.

Carlitos Riopérez se encontró de pronto frente a otra jovencita, a la cual no tenía el gusto de conocer, mientras su despampanante rubia había emparejado con un jovenzuelo de gafas, que se movía al compás de la música, francamente divertido.

Los giros y contorsiones de los que bailaban iban aumentando con los gritos, cada vez más potentes, de un joven melencólico que, desde un micrófono, llevaba la voz cantante. (Es un decir).

Ahora, Carlitos Riopérez se encontraba en el centro de la pista, ajeno a su pareja y contorsionándose como un loco, mientras a lo lejos, podía verse a la guapa chica bailando si tenía que bailar.

Las parejas se intercambiaban entre sí a cada momento y en la pista reinaba un desconcierto de padre y muy señor mío.

Los gritos se sucedían, los chicos y las chicas evolucionaban incansables y todo el mundo se divertía de lo lindo, al parecer.

Por fin, cesó la música, las disgregadas parejas volvieron a reunirse y se hizo un momento de calma.

Entonces fue cuando Carlitos Riopérez, francamente halagado por su proeza, volvió a felicitarse a sí mismo por haber conseguido bailar con una chica tan despampanante como aquella.

Sin embargo, nosotros siempre creemos que para bailar de esa manera, no hace falta ni chica estupenda ni nada.

¿O no?

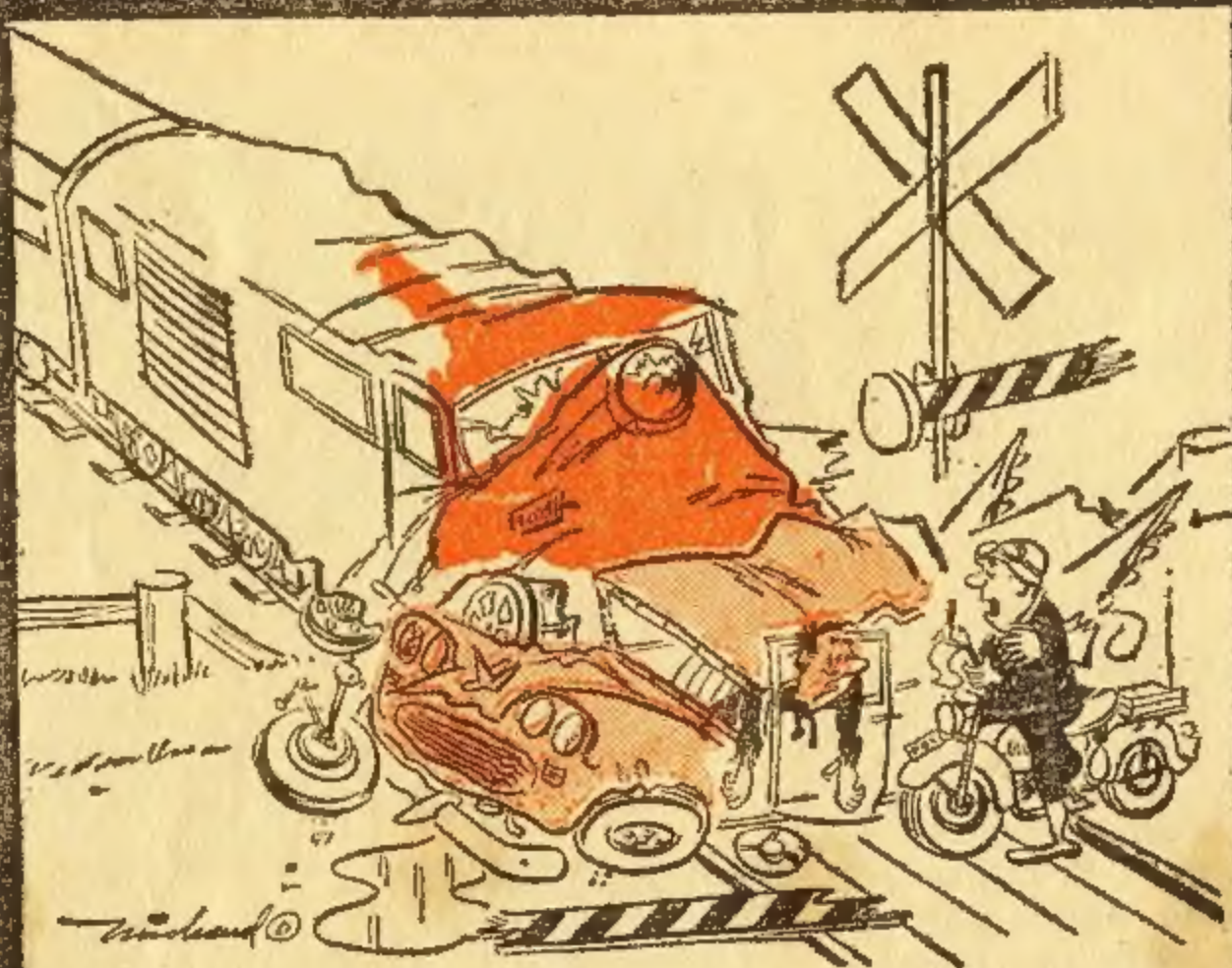
HILARIO



—Ya os dije que hoy venía con la idea de no abandonar la banca...



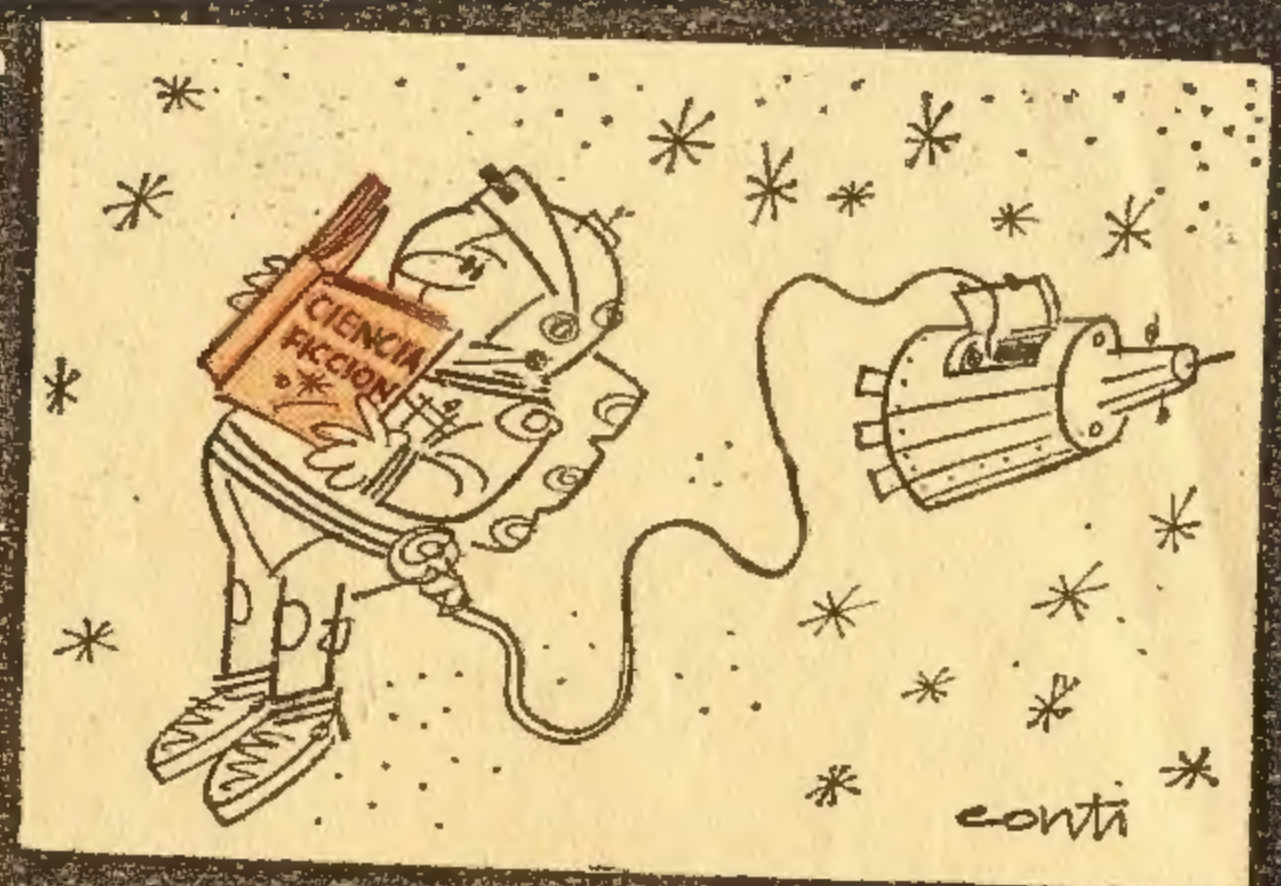
—Juegan a dados en la cocina. ¡Los dejé limpios!



—Y ahora, tranquilícese y cuénteme con calma lo que pasó...



—Ahí va ese pobre diablo al que vendiste tus acciones malas el año pasado...



—¡Maldito Hotchikiss! ¡Creí que estaba trabajando en la fórmula del antivirust!



—¡Me daba tanta pena separarme de mi viejo compañero...!



—¿Es que no sabe que está prohibido aparcar aquí?



—¡Smith, recuerde: dos copias de cuerpo entero!

APOLINO TARUGUEZ Y SU SECRETARIO

por conti



La secretaria imponente



Mariví estaba como un tren, un tren que, por supuesto, no tuviera nada que ver con la R.E.N.F.E. Mariví no tenía novio, como es de imaginar en una chica que está como un tren. Esta clase de mujeres suelen ser misteriosas... Raras veces tienen novio, hasta que de pronto, un día, inesperadamente, uno se las encuentra casadas con un caballero de mediana edad —mediana tirando hacia abajo—. Malas lenguas aseguran que este caballero lo único que no tiene mediano es la cartera, pero todos sabemos cómo son las malas lenguas, sin educación ni nada; lenguas que dicen la verdad, con lo feo que es esto...

Mariví, por una de aquellas cosas, había decidido trabajar.

—Así será más independiente —explicó a su padre, el cual, el pobre, ya no pedía explicaciones por nada. Y es que los padres "ye-yé" son de cuidado.

Mariví estaba sentada, esperando ser recibida por el gerente de la Empresa en la que confiaba poder prestar sus servicios. Cuando logró entrar en el soberbio despacho de dicho gerente, se encogió timidamente. Era un hecho comprobado que al hacer esto, los hombres perdían su timidez ante las mujeres y eso era lo que de verdad interesaba. No va a estar una insinuándose todo el día.

Miró al gerente y puso cara de circunstancias.

El gerente no estaba para cuentos.

—He leído su solicitud de ingreso en la casa —dijo a bocajarro—. ¿Qué estudios posee usted?

—Yo... estuve en un colegio... Sé leer...

—¿Cuántas pulsaciones hace por minuto?

Mariví estiró su falda por encima de sus rodillas y bajó la vista, abanicando el aire con sus largas pestañas.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

—Pulsaciones, que cuántas hace por minuto...

—¡Ah! No sé, muchas...

—¡Mire, señorita, aquí no estamos para perder el tiempo...! ¿Cuántas hace exactamente?

—La verdad es que nunca las he contado —Mariví respiró profundamente. Cosa que en circunstancias normales conseguía resultados sorprendentes.

—Bueno, dejémoslo —terminó secamente el gerente—. ¿Sabe taquigrafía?

—¡Por Dios, papá no me deja...!

—¿Sabe escribir correctamente una carta comercial?

—En el colegio saqué una vez un diez en redacción...

Mariví volvió a suspirar profundamente y a bajar las pestañas ante la fría y despectiva mirada del gerente.

—¿Usted, señorita, intenta tomarnos el pelo o qué?... No tiene ni idea de nada y pretende ocupar un puesto... ¿Es que las chicas de hoy en día se creen que por tener una cara bonita y...?

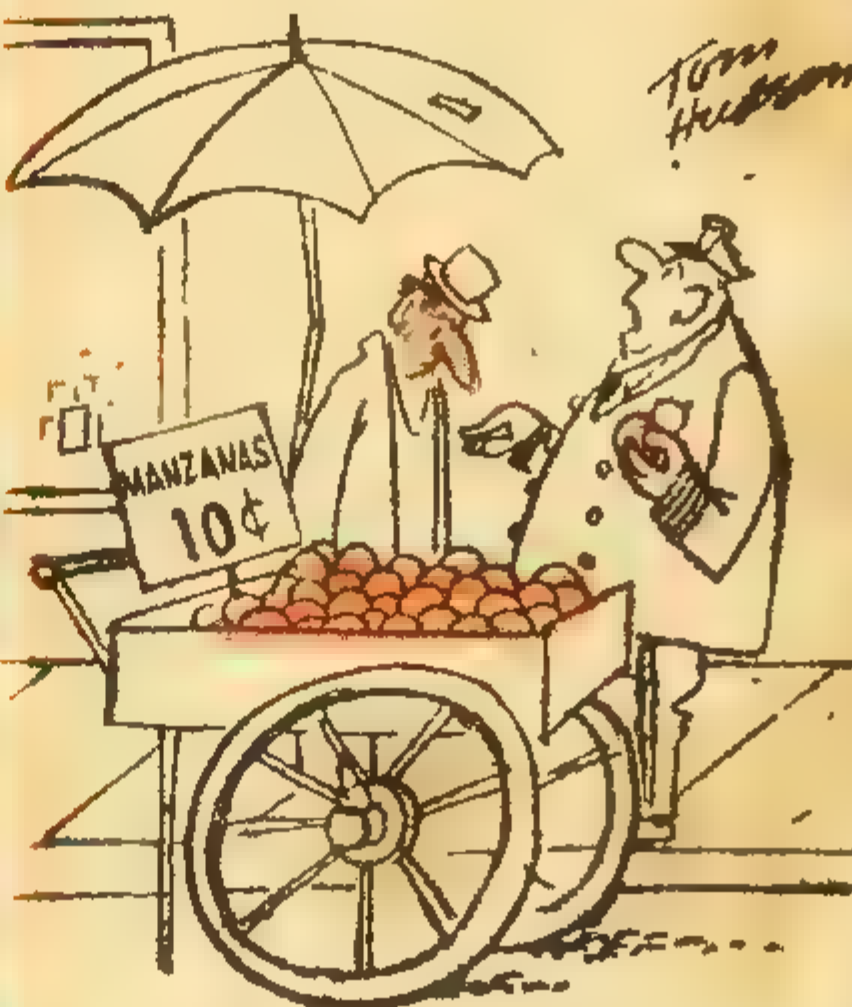
El gerente lanzó una significativa mirada al resto de Mariví. Es decir, a lo que no formaba parte de la cara bonita.

—Puede retirarse —dijo finalmente el gerente con un gesto de asco.

Mariví se levantó tristemente y salió del despacho.

¡Es que también era mala suerte, pensó, que el gerente de una casa tan importante fuera una mujer que estaba diez veces mejor que Mariví...!

PERICH

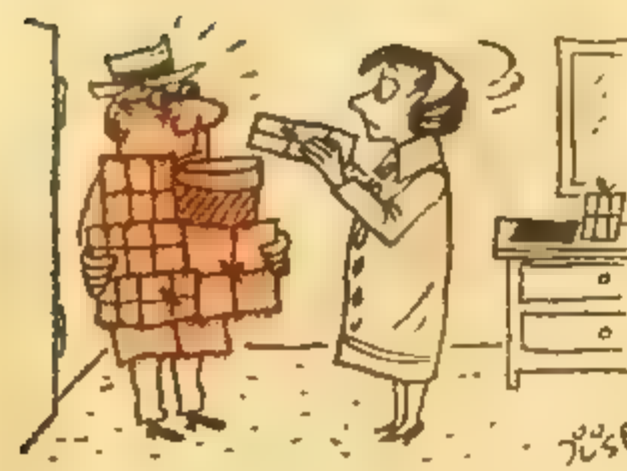


—Aquí tienes veinte centavos, ayer cogí otra.



—Me propongo saber un oficio más cuando salga de esta isla.





Mr SIMPLETON POR JUSP



DENTISTA

—Buenos días. Pase, pase y siéntese en el sillón.
—Muchas gracias, pero estoy bien de pie.
—Es que si no se sienta en el sillón no sé cómo voy a poder examinarle la boca.
—¡Ah! Comprendido. Quiere usted examinarme la boca. ¿Cómo?
—Pues siempre que examino una boca le pregunto algo de Matemáticas, algo de Historia, algo de Geografía...
—Entonces, no voy a tener más remedio que marcharme, porque de todas esas cosas estoy pez. Lo que se dice pez.
—Se le nota que está pez en que tiene ojos de besugo.
—¡Oiga, sin faltar!
—Bueno, veamos esa boca. Vamos a ver, vamos a ver... Permitame que suba el sillón hasta una altura conveniente. Vamos a ver, vamos a ver...
—Dudo mucho que desde el techo pueda usted ver algo.
—Es cierto. Le ruego me perdone, pero he abusado un poco del pedal. Ea, ya está usted a mi altura. Abra la boca.
—Con mucho gusto.
—Su dentadura es bastante irregular...

Déjeme que observe este otro lado... ¿Tiene usted costumbre de masticar por ambos carrillos o por uno solo?
—Yeo umbre uo olo a ás.
—¡Ah! ¿Habla usted esperanto?
—No, pero como usted me mantiene la boca abierta, de alguna manera le iba a decir que tengo costumbre de masticar por uno solo nada más.
—Ya. Estos dientes que tiene delante están bastante estropeados.
—Creo que son dientes de leche.
—A mí me parece que son más bien dientes de café.
—Usted sabrá, que para eso me va a pasar luego la factura.
—Eso espero. Con tal de que usted me pague...
—Veremos.
—Examinando detenidamente esta parte de su boca, se me ocurre preguntarle si alguna vez le dieron aquí un puñetazo.
—No recuerdo.
—Pues se lo van a dar.
—¿Quién?
—Yo, si no me paga la factura.
—Me parece que eso es abusar del cliente que está en sus manos. Y la ver

dad es que me extraña sobremanera, porque tiene usted fama de ser un excelente estomatólogo.
—Pues la verdad es que soy más to, mutólogo, que es.
—¿Cómo es eso?
—Porque me comería con mucho gusto ahora mismo una buena ensalada de tomates.
—Le comprendo perfectamente. ¿Me encuentra usted alguna muela picada?
—Esta; no solamente la tiene picada, sino machacada.
—¿Me va a hacer un empaste?
—No, porque me he quedado sin cemento para hacerlo. Pero espere usted un poco, que voy a ver si me presta un saco "Agromán".
—La verdad es que no doy crédito a lo que estoy oyendo, señor dentista. Yo creía que...
—Usted ha terminado de opinar, porque está en manos del facultativo.
—Y del protésico, porque me parece que usted es también un protésico.
—¡Oiga, no diga palabrotas, tío grosero!
—Bueno, bueno ¡Sea lo que Dios quiera!
—Eso.

de 9 a 1 OFICINA



—¿Cuál es el asunto por el que quiere darle un puñetazo en las narices al jefe?



—Sí, yo necesito una inteligente y eficiente secretaria. ¿Conoce alguna?



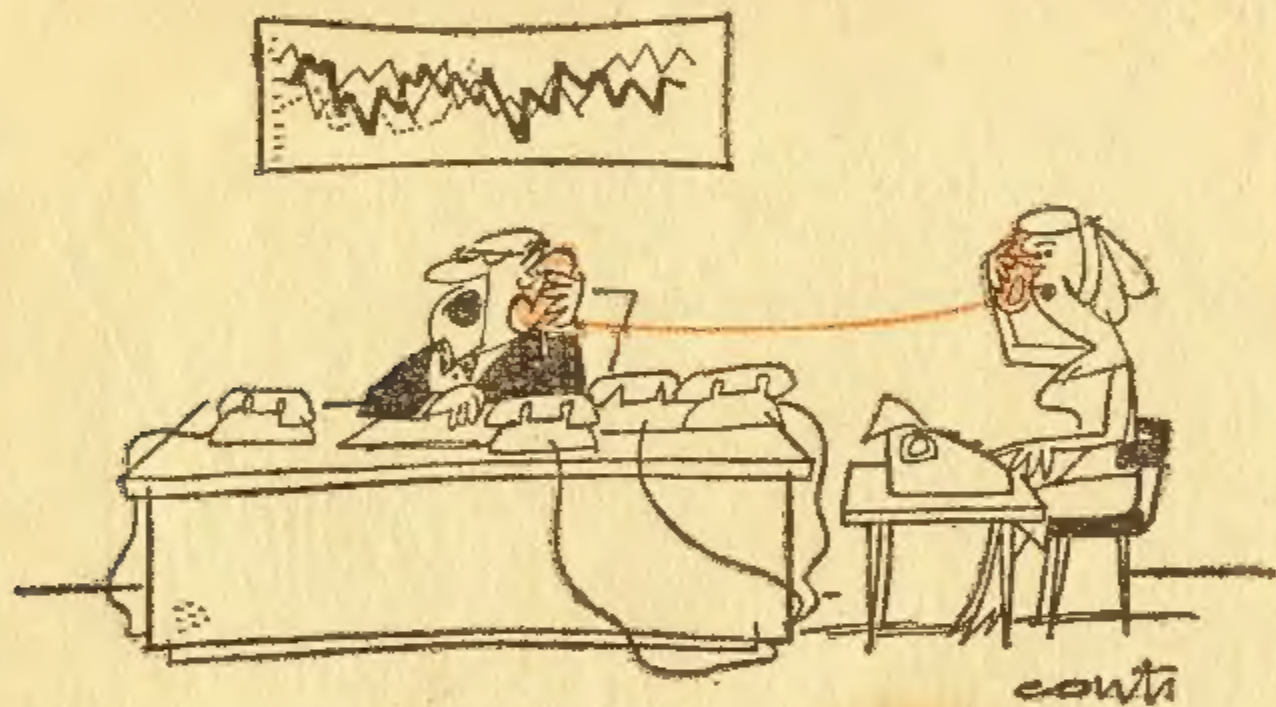
—Su carta en la que me notificaban que les debía cuatro centavos, ha llegado con un sello de cinco centavos de menos. Me deben ustedes un centavo.



—¡Los archivos, señorita Ulina! ¡Los archivos de las facturas que nos deben los clientes!



—Tengo una sugerencia que hacer, siempre y cuando esté de acuerdo con la opinión de ustedes...



SIN PALABRAS



—El negocio depende del teléfono para su marcha; como usted de sus citas, señorita Angelita...



CONOZCA DIA A DIA SU HOROSCOPO 1966



Un estudio astrológico completísimo que le orientará durante todo el año

Contiene Novbre.
y Dcbre. 1965



Un volumen dedicado a cada signo. P. V. 12 Pts.

editorial
bruguera, s. a.



—¿Y usted me dice «a mí» que tiene problemas...?

de 1 a 2 VERMUT CON TAPAS



—¡Demasiadas bebidas gaseosas!



—¿Le importa que le cuente mis problemas?



—¡Elena! ¡Que estamos comiendo fuera de casa! ¿Lo recuerdas?



—¡Me parece que te has confundido...!



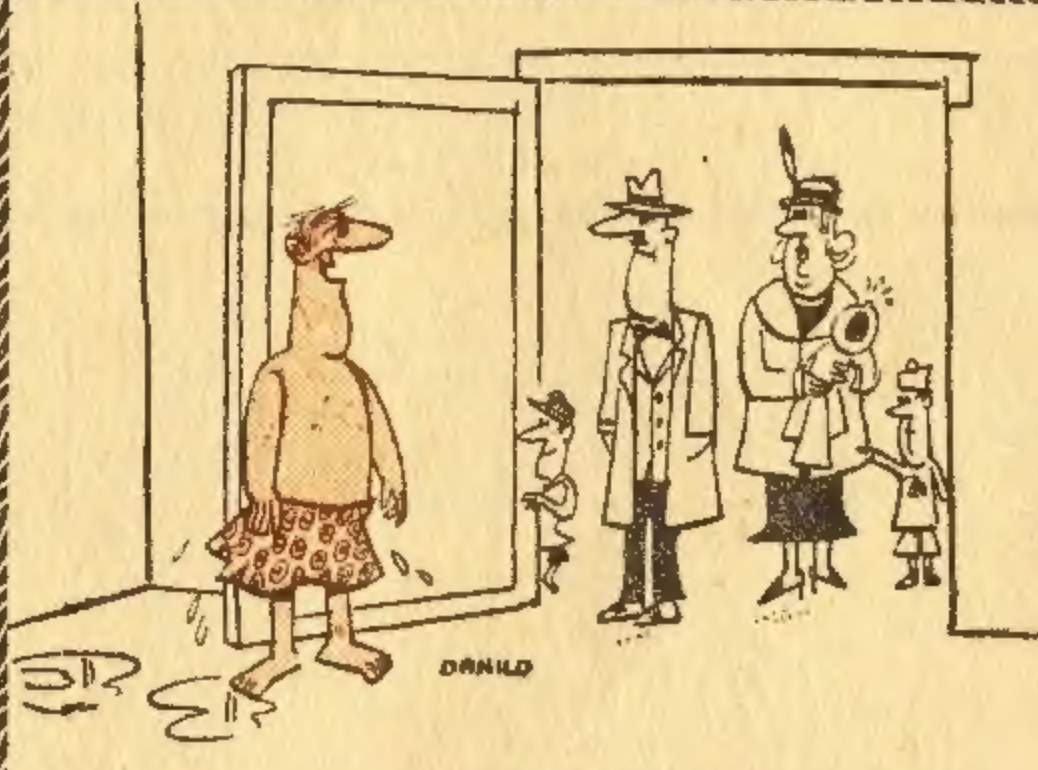
—¿Cuántos camellos tiene?



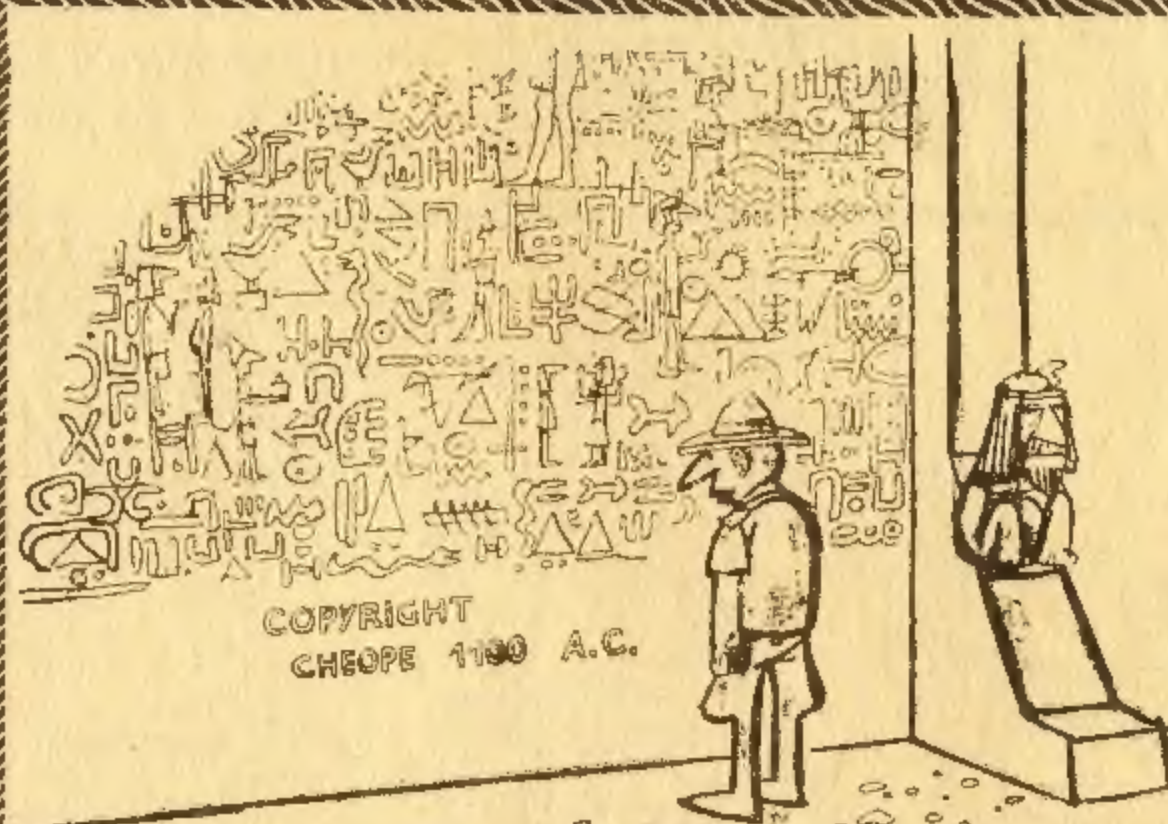
—¿Pero qué es lo que ha entendido cuando le he dicho que se pusiera la mascarilla?



—Y ahora le hago hablar con él mismo...



—¿Molestia...? ¡Si adoro las improvisaciones!



COPYRIGHT
CHEOPS 1100 A.C.



—Doctor, mi mujer dice que me paso el día hablando solo..

SONRÍA ALA ITALIANA



—Me da la impresión de que tienes ganas de pelea.



—¿Qué dicen de "hombre al agua"?
¿No ven que es una mujer?



—Y deja de repetir: "Que quede entre nosotros..."



—Querida, ¿estás segura que éste es el tratamiento a base de hierro que me ha ordenado el médico?

FEFA

POR COQ



—De acuerdo que nos ha costado mucho trabajo, ¿pero no crees que valía la pena?



¡Son los mejores!



porque

Cola-Cao les dió

¡SALUD! ¡FUERZA! ¡VIGOR!